



# La Taberna de Bloody Mary

Gerard P. Cortés



**Presenta**

Colección  A sangre



# **La Taberna de Bloody Mary**

Gerard P. Cortés

**Créditos:**

## **La Taberna de Bloody Mary**

**Primera edición digital:** enero 2017

**Código:** 9785400038635050105

**Autor:** Gerard P. Cortés

**Ilustración de portada:** Pedro Belushi

**Prólogo:** Juan Ángel Laguna Edroso

**Maquetación y diseño:** Kachi Edroso y Miguel Puente

**Corrección de estilo:** Juan Ángel Laguna Edroso

**Editor:** Juan Ángel Laguna Edroso

**Edición:** Saco de huesos

Paseo Fernando el Católico, 59. ED 5A

CP 50006 Zaragoza

[www.sacodehuesos.com](http://www.sacodehuesos.com)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos ([ww.cedro.org](http://ww.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

# Prólogo: De Bloody Marys (y de tabernas, claro)

Cuando se habla de la nueva corriente de fantasía Urbana un nombre viene siempre a mi cabeza en primer lugar, y no se trata de **Neil Gaiman** ni de **China Mieville**. No ya solo porque por esos caprichos del espacio tiempo los descubriera más tarde – y no de la mano de– **Gerard P. Cortés**, sino porque para mí esa mezcla de asfalto, fantasía y actualidad está más viva en la obra de este último que en la de sus representantes más canónicos.

No, no me estoy bebiendo el juicio ni diciendo que el Viejo –para mí siempre será *el Viejo*– esté por encima de estos grandes de la literatura de género contemporánea; simplemente hablo de esencia. Y esa esencia pasa, qué demonios, por nuestro propio concepto de lo que es urbano, de lo que es la fantasía, de lo que es contemporáneo. De los referentes, a fin de cuentas.

Cuando hace ya más años de los que siempre sospecho nos juntamos en **OcioJoven** una serie de escritores atolondrados que, entre otras cosas, acabaríamos fundando el **Círculo de Escritores Errantes**, se nos podrían haber achacado, con razón, muchos defectos en tanto que autores. Sin embargo, creo que hay un mérito que sí se debería reconocernos —o al menos que me permito reconocer a nuestros yoes pasados desde la soberbia del presente—: que cada uno teníamos nuestro modo de ver la escritura. Si no *estilo* todavía, sí carácter propio. Desde las inesperadas salidas del Barón de la Birra, quién sabe dónde andará, pasando por el terror mitológico antediluviano de Mik, hasta el metódico entretejer hilos cotidianos del Canijo, cada uno teníamos nuestra óptica personal. No en vano, así nació aquello del género fosco.

Entre ellos, estaba el Viejo. El Viejo Bastardo, en concreto. Gerard. Carácter propio. Y, si no, que pregunten a cualquiera de los que integramos el colectivo.

Siempre he guardado el convencimiento íntimo de que toleraba —e incluso miraba con cierto cariño— mis vetustas mansiones y mis mohosas criptas habitadas por monstruos de opereta y niños insomnes por aprecio personal o, en el mejor de los casos, por-

que conseguía tocar alguna nota de su infancia más remota, suscitar la misma ternura que da un “drácula” de cueva del terror con capa de raso forrada en rojo en un decorado de serie B. Porque al Viejo, no nos engañemos, no le va este rollo.

Lo suyo son las aceras, no los senderos entre los árboles –¡hasta cuando se trata de Caperucita, en su bosque se adivinan farolas!–. Al *Pony pisador* entraría, sin duda; después de todo, es un bar, sirven cerveza e incluso se puede fumar hierba –aunque sea de la Comarca–. Pero si le dejás cambiaría la chimenea por una máquina de discos y no quieras saber qué historias les contaría a esos inocentes hobbits... Y cuando se trata de monstruos... bueno, en esto sí que coincidimos. Creo que a ambos nos pierde el lobo, a quien, reconozcámoslo, nunca se le termina de hacer justicia.

Pero hablábamos de esencia, así que no nos quedemos en la superficie, que todo esto está muy bien pero, en realidad, no difiere tanto de lo que han construido otros siguiendo la estela de ciertos referentes. Vayamos al meollo: lo del Viejo es esto, y no otra cosa, porque es de donde ha bebido. Y de beber sabe un rato.

Gerard es hijo de su tiempo. Se ha criado con cómics, con la oleada de películas ochenteras del género —sus intoxicaciones festivaleras las dejaremos para donde corresponden: la barra de un bar en el que todavía dejen fumar—, con juegos de rol, un Internet donde todavía parecía que todo era posible y mucha música americana. Pero también con un grupo de colegas de los de patear garitos hasta horas indecentes, con los que soñar fanzines absurdos con los que emular a **Cels Piñol** y tantear los palos más inesperados de la creatividad en busca de un lenguaje propio. Tapeo de barrio entre las manos y superhéroes colgando sobre la cabeza, de un rascacielos. A caballo entre el segundo idioma más hablado del mundo, una puerta abierta al otro lado del charco, y otro que algunos hubieran querido sentenciar y dejar bien enterrado. Con la mirada puesta en lo universal y con los pies en el terreno inestable de un país que no sabe a dónde demonios va.

Con este cacao referencial Gerard ha compuesto su obra. No se trata de volver a hacer lo que descubrimos que hacían los americanos cuando, una vez más, nos importaron sus productos. Ni siquiera de seguir la línea de corrientes más cercanas, como la



que se coció en *2000AD* y nos llegó en retapados de mercadillo a los de mi generación.

No, esto va de pillar los cuentos clásicos que nos repitieron a su manera nuestros padres y extraerles la sombra que se escondía tras la abuelita, de recordar esas leyendas urbanas distorsionadas que habíamos acabado por integrar en nuestro entorno de barrio, de meterlo en la coctelera con nuestros propios recuerdos de adolescencia, de agitarlo con el pulso entusiasta y algo acelerado de un editor de revistas que no pasan por imprenta, sino por fotocopidora, de servirlo bien fresco, sin adulterar, sin adaptarlo a los gustos que la mercadotecnia dice que tenemos.

De bebérselo de un trago.

Así, mientras se te saltan las lágrimas —de la risa, de emoción, de tristeza, de atragantarte—, quizás adivines ese hilo conductor que en ocasiones apenas se ve pero que vincula, sin aspavientos, un festival llamado Donutaria con una del Lejano Oeste.

Fantasia urbana, pero de la mía. Y por lo tanto, para mí, de la de verdad.

*Juan Ángel Laguna Edroso*



*A mis abuelos, Josep i Sabina,  
vuestra Historia siempre será mi leyenda.*

# La Taberna de Bloody Mary

La chica de la curva miraba distraída cómo su vestido blanco ondeaba con un viento que medio lo movía, medio lo atravesaba. La noche era como todas las noches: triste como un cumpleaños sin regalos, negra como la garganta de un lobo que no aúlla, sino que bosteza. Y es que la desidia era el único sentimiento real que había saboreado desde hacía más años de los que podía contar. Ya ni siquiera el dolor, la amargura, por no hablar del placer, la alegría o cualquiera de esas cosas que siente la gente de verdad. Tampoco se sentía como el alma torturada que, se supone, tendría que ser.

El ruido de un motor acercándose la sacó de su ensueño y avanzó uno o dos pasos para que el conductor pudiera verla. El coche se detuvo, como sabía ella que se detendría. Siempre se detienen. Era rojo, de un rojo oscuro aún más oscurecido por la noche. *Bonito*, pensó mientras alguien le abría la puerta desde dentro. Era un hombre, por supuesto, siempre eran hombres. Un hombre solo, conduciendo de no-

che, probablemente hacia su casa, después de haber pasado unos días en otra ciudad por placer o por negocios. Casi siempre era por trabajo. Representantes, vendedores, transportistas... No es que importara mucho; ya no, por lo menos. Algunos la tomaban por una prostituta de carretera y la invitaban a subir con una sonrisa y una erección; otros preguntaban si había tenido un accidente y se ofrecían a ayudarla. En el fondo, casi todos querían lo mismo. Algunos eran sinceros, y los primeros años sentía pena por ellos. Ya no sentía nada de eso, nada de nada. Pena o satisfacción, eran poco más que palabras. Y las palabras que ella conocía mejor eran condena, castigo, rutina, aburrimiento, desidia, destino. Si todavía pudiera odiar, odiaría la palabra destino.

—Hola. ¿Qué haces aquí a estas horas?

No contestó. Nunca contestaba.

—¿Necesitas que te lleve?

*Claro, pensó, como si tuviera elección.* Entró en el coche sin decir nada y se sentó. Cabeza baja, manos en el regazo, mirada perdida. Ese era el momento en que la mayoría la tomaba por una yonqui adolescente que se había escapado de casa. Tampoco le importaba. ¿Por qué iba a hacerlo? ¿O para qué iba a intentar tomar otra postura, otra actitud? Solo tenía que

decir su frase en el mismo momento de siempre y la noche acabaría igual que todas las noches. No tenía sentido entablar conversaciones. No hacer o decir nada más que lo que hacía y decía siempre. La curva estaba ya cerca. No podía verla, claro, de otro modo no sería tan peligrosa. De otro modo no hubiera muerto en ella. Los primeros años lloraba. Los primeros días, con la pérdida aún reciente, con ese dolor que tanto la atormentaba entonces y que ahora pagaría por volver a experimentar, pasaba llorando en silencio los instantes antes de llegar a la curva. Algunos de los conductores se preocupaban, otros se cabreaban. Al principio su reacción le importaba un poco, incluso. A veces cerraba los ojos y podía ver a sus padres, podía ver a su hermano pequeño peleándose con ella por cualquier estupidez y a su padre girándose para gritarles que pararan. Podía ver, al instante siguiente, la curva frente a ellos, y podía recordarse intentando gritar, intentando avisar a su padre cuando, en realidad, sabía que era demasiado tarde. Ahora ya no veía nada de eso, ya no pensaba en el pasado. Solo sentía acercarse la curva y, cuando estaba lo suficientemente cerca, abría apenas los labios para susurrar:

—Cuidado con la curva.

*Ya está, pensó, ahora intentará frenar a tiempo y no lo conseguirá, y el coche saltará por el precipicio otra vez, como siempre.* Gritos, sangre, cristal roto, quizá incluso algún rezo, alguna lágrima si no muere en el acto. Después la oscuridad y mañana otra vez lo mismo, siempre lo mismo. Para siempre y por siempre jamás.

La chica de la curva escuchó el chirriar de los neumáticos y esperó paciente el resto. Estaba tan acostumbrada a todo ello que ni siquiera se dio cuenta en seguida de que el coche se había parado. Oyó algo a su lado, un grito, parecía una palabrota en otro idioma. Si no hubiera sabido que era imposible, juraría que el chico del coche rojo le estaba hablando.

—¿Me escuchas? ¿Estás bien?

No era capaz de reaccionar. Sabía que nada de aquello podía ser real, pero podía ver las marcas negras de los neumáticos describiendo un arco en la carretera y esa mano que se apoyaba en su hombro parecía sólida.

—Si no me hubieras avisado... bueno, hubiera sido una fea caída.

*No puede ser, pensaba, esto no está sucediendo, nunca es así, nunca.* Llevaba años, quizá décadas, ha-

ciendo lo mismo cada noche. La misma carretera, el mismo vestido, la misma curva, el mismo final. Nunca había pasado nada como esto. Nunca se había salvado ninguno. La chica de la curva no estaba preparada para enfrentarse a eso. Por primera vez desde que podía recordar, tenía miedo. Por primera vez, se alarmó, estaba sintiendo algo de verdad.

—Oye, lo siento, pero necesito salir un rato de la carretera... ¿Conoces algún lugar por aquí?

La chica de la curva no podía pensar con claridad. Su mundo acababa de cambiar radicalmente en un instante y estaba asustada y excitada y no sabía qué hacer. Consiguió murmurar algo.

—Sí... conozco un bar....

La Taberna de Bloody Mary es de esa clase de lugares que no encuentras si no los conoces, y que nunca conoces si no los encuentras. Una vía muerta a mitad de camino de ninguna parte, pero con bebidas baratas y amplio aparcamiento. La chica de la curva no sabía cómo sentirse. Parte del miedo seguía allí, pero otra había cedido a la alegría, a la ilusión, a la... ¿podía ser *esperanza* la palabra que estaba buscando? El chico del coche rojo y el acento extraño no había muerto como los otros y además, ahora que se fijaba,



era bastante guapo. No había muerto. Eso tenía que significar algo, ¿no? Al entrar en esa especie de cajón de madera, mitad bar de carretera, mitad salón de western, la chica de la curva no se dio cuenta, en parte porque era tan pequeña e imperceptible para ella como para el resto de los parroquianos, de que esbozaba su primera sonrisa desde que su familia y ella misma murieran en esa curva tantos años atrás.

El chico del coche rojo había perdido la capacidad para sorprenderse en exceso hacía tiempo, en algún punto entre San Petersburgo y el Berlín oriental. O quizá antes, allá en la vieja Pechora, quizá la noche en que unos hombres sin uniformes y sin placas entraron en su casa y se llevaron a su padre, acusándolo de traidor a la patria y de amigo de los burgueses, y no volvió a verlo. No, ya no se sorprendía mucho, aceptaba lo que viniera sin darle demasiada importancia, aunque esa noche lo estuviera poniendo a prueba. No solo por haber estado a punto de caer por un precipicio (ya había salvado antes la piel en el último minuto, y no siempre había sido un accidente lo que lo había puesto en esa situación): el bar al que lo había traído la misteriosa chica que le acababa de salvar la vida tampoco podía clasificarse precisamente de corriente.

Un comedor largo con una barra casi igual de larga y muchas mesas, todas de madera, como los salones de esas películas de John Wayne y de Clint Eastwood a las que se volvió un adicto desde que llegó a América. La barra también era de madera y tenía un enorme espejo en el centro. Hasta ahí todo normal. La concurrencia, en cambio, tenía más bien poco de común. En una mesa, al fondo, un hombre enfundado en un impermeable negro bebía en silencio. Llevar impermeable bajo techo ya era algo curioso, pero el enorme garfio que sustituía su mano derecha completaba un cuadro de lo más inquietante. Cerca, en otra mesa algo más grande, un hombre con el disfraz de espantapájaros más convincente que había visto jamás (aunque tampoco es que hubiera visto muchos) jugaba al póquer tejano con tres tipos más. Uno parecía un mendigo, barba revuelta, abrigo raído, sonrisa podrida, y tenía un enorme saco en el suelo junto a él. Por un instante le pareció ver moverse algo en su interior, pero descartó la idea. También le pareció extraño, como poco, poder ver las cartas del jugador sentado de espaldas a él a través de su cuerpo, pero no quiso pensar mucho en ello.

*Ni pensar ni juzgar*, se decía citando a aquel irlandés con el que coincidió una noche en un trabajo y

en las copas de después: *perdimos las ganas de lo primero y el derecho a lo segundo hace ya tiempo*. En las demás mesas la gente era un poco más normal, aunque todos parecían de esos que arrastran detrás una Historia. Una mujer con el pelo gris canturreaba por lo bajo mientras acariciaba una rata del tamaño de un gato. Un hombre con un viejo y sucio disfraz de superhéroe lloraba de vez en cuando, con la cabeza apoyada en su mesa, mientras daba largos tragos a una botella de tequila. En la otra punta del bar, un tipo movía el tronco hacia delante y hacia atrás, con la mirada perdida de los niños autistas. Tenía un vaso de cerveza delante que parecía no haber probado y se abrazaba a una especie de disco dorado mientras seguía con su vaivén. Más tarde, la chica de la curva le contaría que se trataba de un antiguo cantante latino de cierto éxito, que había sufrido una experiencia traumática con un perro y un bote de mermelada. A pesar de todo, el chico del coche rojo solo se sobresaltó cuando oyó esa voz profunda que parecía no venir de ninguna parte. *No, espera, viene... ¿viene del armario?*

—Disculpe, ¿me escucha, caballero? Le he preguntado si me podría acercar la prensa. Está en esa mesa.

El chico del coche rojo se giró y vio un ejemplar del *Herald Tribune* junto a él. Lo cogió y lo acercó al armario, sin darse cuenta de que tenía la boca aún abierta por el asombro. Un asombro que no hizo más que aumentar cuando una gran zarpa peluda salió del armario para coger el periódico y abrirlo sobre la mesa, junto a una gran jarra de cerveza negra.

—Gracias, joven amigo. Ahora, si me disculpa, necesito un poco de intimidad para ver cómo va el *Dow Jones*.

—Claro —consiguió decir—, de nada...

La chica de la curva ya estaba en la barra, y le dirigió algo parecido a una sonrisa mientras se acercaba. Era bastante guapa. No guapa en un estilo convencional, aunque cualquiera la encontraría atractiva, sino guapa como solo lo son esas chicas a las que se les nota la melancolía en la mirada. *Es extraña*, había pensado siempre, *la relación que suele haber entre belleza y sufrimiento*. Por lo menos para él. Será que el sufrimiento siempre formó parte de su vida y ya lo veía todo desde ese prisma. Sufrir, hacer sufrir. De eso se trataba, al fin y al cabo. Así había sido casi toda su vida, y no entendía de qué modo podía cambiarla.

Hey, lo saludó la chica de la curva. Hey, respondió él.

—¿No hay camarero?

—Sí, pero hay que llamarla.

Se colocó frente al espejo y, mirando su propio reflejo, dijo *Bloody Mary*. Luego lo repitió cuatro veces más: *Bloody Mary, Bloody Mary, Bloody Mary, Bloody Mary*.

El chico del coche rojo terminó de decidir que esa noche iba a emborracharse cuando una mujer de mediana edad salió del espejo. No lo atravesó, ni abrió una puerta en él, simplemente salió: primero el reflejo de la chica que había recogido en la carretera cambió para convertirse en otra mujer y después esta salió del espejo y le sonrió.

—Hola, cielo, ¿cómo estás? No esperaba verte hoy por aquí.

—Hola, Mary. He venido... he venido con un amigo.

La tal Mary se sorprendió visiblemente, o por lo menos todo lo visiblemente que se puede sorprender una mujer a cuyas cuencas les faltan los ojos y les sobra sangre seca alrededor. A pesar de eso se giró para mirar, Dios sabe cómo, al chico del coche rojo.

—¿Un amigo? ¿De dónde lo has sacado?

—Yo... bueno... él... me recogió... con el coche...

—¿Con el coche? ¿Quieres decir que...?

La chica sonrió, ahora sí, con una sonrisa grande y sincera, mientras asentía con la cabeza. La mujer también sonrió y la abrazó con energía.

—Oh, mi pequeña, no sabes lo que me alegro por ti.

A pesar de que no entendía nada, se las veía contentas, y eso estaba bien, pensaba el chico del coche rojo. *Está bien que la gente sonría y se sienta feliz por unos segundos, porque todo, invariablemente, acaba yendo a peor muy pronto.* Y dudaba que esa noche fuera a ser la excepción.

—Venga, ¿qué os pongo? Esta noche invita la casa.

La chica de mirada, ahora, algo menos melancólica le hizo un gesto para que decidiera él, y él solo alcanzó a decir dos palabras.

—Vodka. Mucho.

Mary les sacó, con un guiño, una botella de Popov y dos vasos. Se sentaron en una mesa cerca del centro del local y se sirvieron un par de tragos. La chica de la curva levantó el vaso, como para brindar, aunque se detuvo antes de hacerlo. *¿Por qué brindar?*, pensaba. Había muchos motivos esa noche, pero al mismo tiempo le daba miedo nombrarlos, como si el decirlo demasiado alto pudiera romper el hechizo. El chico

del coche rojo se le adelantó, alzando el vaso y vaciándolo de un trago.

–*Tvoió zdorovie!* **NdE: A tu salud**

Ella bebió, rellenó los vasos y volvieron a beber.

–Eso que has dicho... ¿qué idioma era?

–Ruso. Soy... nací en Rusia.

*Rusia*, repitió ella, *nunca he estado tan lejos. Bueno, nunca he estado en casi ningún sitio.* Miró hacia abajo mientras daba un trago corto, entre triste y avergonzada. Quizá nada de eso. *Debe ser bonito.*

–No.

–¿No?

–No... bueno, quiero decir... quizá para ti, no lo sé. Los recuerdos que tengo de mi país no son muy buenos.

Entre trago y trago de vodka le habló de Pechora y de su familia. De los hermanos que dejó atrás, del padre que un día desapareció y nunca volvió a ver, de su madre. *Pobre madre.* Le contó cómo creció conociendo el comunismo, pero no la libertad, y cómo el capitalismo, con todas sus promesas, solo le enseñó lo que es la pobreza. Le contó cómo huyó una noche y nunca miró atrás, la mendicidad en Moscú, el Volga a nado y el casi morir congelado, la prisión en San

Petersburgo. Le contó el desconsuelo que siempre fue Polonia y la fascinación de Berlín y de Praga. El amor en París. *Nunca has hecho el amor de verdad hasta que lo haces oyendo correr el Sena de fondo.* Ella escuchaba sin hablar, bebiendo solo cuando se acordaba de hacerlo, absorta en las historias de miseria y heroísmo que le contaba aquel desconocido que había cambiado su vida, aunque todavía no sabía para qué. Su acento era una mezcla de todos los sitios en los que había estado, y a la vez de ninguno. Como si un espíritu como el suyo no pudiera ser reclamado por un solo lugar.

Cuando le preguntó cómo había llegado a América se quedó callado, bajó la vista y terminó el vodka que quedaba en su vaso. En silencio, sacó un paquete de tabaco negro y se encendió un cigarrillo. Le ofreció otro a ella y le dio fuego con un viejo *zippo* plateado en el que ya casi no se veían la hoz y el martillo que tenía grabados. Nunca había fumado. Bueno, una vez lo probó, pero tan solo un par de caladas de un pitillo que una compañera coló en el instituto. Era extrañamente reconfortante el modo en que el humo recorría sus pulmones muertos y volvía a salir por su boca. *Unos amigos*, dijo él por fin, *unos que conocí cuando estuve en San Petersburgo.* Le contó



que lo habían ayudado a salir de Rusia y que había hecho algunos trabajos para ellos mientras viajaba por Europa. Tiempo después le ofrecieron la oportunidad de ir a los Estados Unidos y no se lo pensó dos veces.

—No hay un lugar como este, ¿sabes? Europa tiene su cultura, tiene una historia que se remonta siglos y siglos atrás. Una historia sangrienta y, a su modo, maravillosa, pero siempre una historia. Tu país no tiene nada de eso.

—¿Y eso no algo es malo?

—Para nada. Un país sin historia es un país libre para inventarse a sí mismo a cada momento. Aquí no hay nada escrito, todo es un rumor. Es una tierra de leyendas. Además, tenéis Nueva York. No hay ningún lugar en el mundo como Nueva York.

*Es verdad*, pensó la chica de la curva. No sobre Nueva York, o tal vez sí; nunca había estado en la Gran Manzana. Sobre lo demás. *No hay nada escrito. Me he pasado quién sabe cuántos años en esa curva, cada noche, advirtiéndolo a pobres infelices, quizá condenándolos a terminar del mismo modo que mi familia y que yo misma, ¿y para qué?* Su cabeza bullía, se debatía entre el miedo y la euforia, entre la angustia y la esperanza. Vacío su vaso de un trago y

lo volvió a llenar. Había estado ligada a esa curva, pero no tenía por qué ser así. Era leyenda, no Historia, como decía él. No había razón para que no pudiera inventarse de nuevo. *Jódete, destino*, pensó, dio un trago y, por primera vez, se dio cuenta de que estaba sonriendo de verdad.

—Ah, una joven pareja de enamorados. ¿No es algo bonito?

Bebiendo y fijándose en poco más que el uno en el otro, la chica de la curva y el chico del coche rojo no se habían dado cuenta de que alguien se había acercado a su mesa. El tipo extraño del disfraz de superhéroe viejo y sucio se sentó con ellos sin pedir permiso.

—Oh, sí, es muy bonito. Aunque luego termina. Siempre termina, ¿sabéis? Siento mucho tener que decíroslo, porque sois muy jóvenes y guapos, y seguro que estáis muy enamorados. Pero siempre se termina.

—Clifford, por el amor de Dios, no molestes a esos chicos. Apuesto a que no tienen ganas de oír esa estúpida historia sobre tu mujer que siempre cuentas.

La voz, se fijó el chico del coche rojo y el pasado revuelto, venía del armario que había visto al entrar.

Ese a cuyo habitante le había acercado el periódico. La misma garra monstruosa que había visto antes seguía pasando distraídamente las páginas de la sección de economía del *Herald Tribune*.

—Cállate, cállate: tienen que saberlo. Tienen que saber lo que puede pasar, lo que va a pasar tarde o temprano.

—Estás loco, Clifford. Disculpadle, chicos: está loco.

—Cállate, voy a contarlo. Veréis... Euh... ¿puedo...?

Hizo un gesto con su vaso vacío hacia la botella. El chico del coche rojo asintió y el tipo del disfraz de superhéroe se sirvió un poco de vodka.

—Veréis, pues mi mujer y yo teníamos que ir a una fiesta de disfraces, ¿vale? Y a ella le dolía la cabeza, y yo quería ir, pero... oh, esperad, aún no os he dicho que yo no había visto su disfraz, porque lo compró unos días después de que yo alquilara el mío, esa misma tarde, porque encontró una oferta en *Pete's*, ¿conocéis *Pete's Costumes*? Está en Seattle... bueno, el caso es que...

—Por el amor de Dios, Clifford, ¿quieres hacer el favor de centrarte? Estás mareando a estos pobres chicos.

—¿Qué pasa? Es mi historia, ¿crees que podrías contarla mejor?

—Sin duda. La he escuchado tantas y tantas veces que me la sé de memoria. Además, yo no estoy sujeto por esa frustrante gramática tuya.

—Serás... ¿ah, sí? Pues venga: cuéntala tú, venga señor-lo-hago-todo-mejor-que-tú, cuéntala...

—Está bien. Lo que sea para que te estés un rato callado. Veréis, chicos, el caso es que unos años atrás, Clifford (que así es como se llama el esperpéntico personaje que ha invadido vuestra mesa) y su mujer, Janice, fueron invitados a una fiesta de disfraces que organizaba la empresa de limpieza para la que trabajaba él. Antes de salir, a Janice le entró una fuerte jaqueca y le dijo a su marido que fuese solo. Clifford, amante esposo donde los haya, le contestó que no, que se quedaría con ella, pero Janice lo convenció de que no había motivo para que los dos se perdieran la fiesta.

—Sí, me dijo que se tomaría una pastilla y se metería en la cama.

—Exacto. Pero resulta que la pastilla que tomó Janice tuvo mejor efecto incluso que el que había esperado y, encontrándose ya mucho mejor, se enfundó el disfraz y partió hacia la fiesta para sorprender a su

marido. Una vez allí, lo localizó en la pista de baile, moviéndose al son de una provocativa música y algo acaramelado con una, y cito, «Alicia en el país de las maravillas rubia de bote con cara de comer más zanahorias que el puto conejo al que perseguía». En ese momento, a Janice se le ocurrió poner a su maridito a prueba, y comenzó a bailar muy cerca de él, y de modo extremadamente provocativo. Clifford ya os ha contado que, aunque su mujer conocía su disfraz, él no había visto el de ella, así que Catwoman, que de eso iba disfrazada, siguió acercándose y acercándose mientras entraba en cólera con su infiel marido. Después de mucho rozamiento e incluso algunos besos y tocamientos superficiales, quién sabe si por excitación o por llevar la cosa hasta el final, Janice propuso a su disfrazado marido visitar un motel cercano, donde hicieron el amor de forma salvaje sin quitarse siquiera las máscaras. Ella se escabulló después del *affair* y volvió a casa antes de que Clifford llegara.

—Sí. Yo llegué y estaba... estaba ahí en la cama, despierta, hojeando una revista. Me preguntó qué tal la noche y le dije que aburrida. *Me encontré con Carl y Jerry y nos fuimos a jugar una partidita de póquer*, le dije, *ni siquiera llegué a entrar. ¿Qué no entraste?*, me dijo ella, y yo le contesté que no. *Pero se*

ve que estuvo bien: el tipo al que le presté el disfraz me dijo que se lo pasó en grande.

—Podéis imaginar que la buena de Janice se quedó sin habla.

—Sí. Durante meses no volvimos a hablar del tema, hasta que un día me lo confesó todo y...

—Díselo, Clifford...

El chico del coche rojo hubiera apostado dólares contra rublos a que, si la cara del monstruo del armario fuera visible, habría una enorme y maliciosa sonrisa en ella.

—Ella me dijo que había sido la mejor experiencia sexual de su vida y me pidió... me pidió que la ayudase a encontrarlo.

—Y por supuesto el muy imbécil lo hizo. Ahora los dos viven juntos en Chicago. Follando como conejos, aventuro.

—Sí... seguro que sí...

Tras vaciar su vaso y gimotear una o dos palabras más, el tipo del disfraz de superhéroe viejo y sucio se levantó y fue a sentarse en la mesa del monstruo, que ahora cerraba el *Tribune* y llevaba su jarra hacia la oscuridad del interior del armario.

—Siempre tienes que estropear me la historia, ¿verdad? Siempre tienes que hacerlo.

—Vamos, Clifford, como si me necesitaras para estropearte nada...

El chico del coche rojo terminó su vaso, se excusó y fue hacia el lavabo. Era momento de expulsar ese horrendo vodka que había estado engullendo. Popov, posiblemente el peor vodka que jamás se haya destilado. Embotellado en Stamford, demasiado seco hasta para ser vodka y con un sabor que solo se podría comparar con el de un perro muerto o con el de alguna enfermedad venérea. De todos modos, hacía tiempo que no necesitaba un trago tanto como esa noche. Ese asunto del coche y de la curva le había dejado bastante mal cuerpo. Más que las demás veces en que había estado a punto de salir volando por algún acantilado en mitad de una persecución con la policía, o de escapar de un tiroteo con algunos agujeros de más. Quizá fuera la adrenalina cortada de golpe, quizá algo más. Había algo siniestro en esa curva. Algo que no funcionaba como se supone que debería funcionar.

Y estaba esa chica. Esa chica de sonrisa triste y mirada a juego que lo había salvado por los pelos en la carretera y que parecía más sorprendida que aliviada de no ser parte, a estas horas, de la decoración del fondo del barranco. Esa chica que parecía, al tiempo,

inocente como una niña pequeña y trasnochada como la más vieja de las viejas. Esa chica que le estaba empezando a gustar como hacía tiempo que no le gustaba ninguna. *No pienses en eso*, se decía, *hay cosas que no te puedes permitir. No en tu trabajo.*

El lavabo estaba más limpio de lo que cabía esperar en un tugurio como aquel, aunque no exento de ese punto sórdido que tenía el resto. En la pared, sobre la taza, había un cartel fotocopiado que mostraba una foto de unas huellas enormes, con un número de teléfono debajo. Sobre la foto, unas letras escritas a mano rezaban *Has anybody seen my yeti? His name is Frank*<sup>2</sup>. **NdE: ¿Alguien ha visto a mi yeti? Se llama Frank.** También decía que era muy listo y cariñoso y que le gustaban las galletitas saladas con forma de pez. *Reward offered*<sup>2</sup>. **NdE: Se ofrece recompensa.** Cuando salió del lavabo de hombres oyó una voz que venía del de mujeres. La curiosidad le pudo y, al sacar la cabeza, vio una mujer mayor, de unos sesenta y pico años, hablándole a la taza del váter. No, no solo hablándole.: tenía una bolsa en una mano y, agachada junto a la taza, iba tirando dentro trozos de carne y de pan y de fruta. *¿Tiene hambre mi cariñito?*, repetía, *¿Tienes hambre? Mami te va a dar de comer.*



—Es Gladis. La pobre Gladis...

Francamente sorprendido, le había preguntado a la camarera, la mujer sin ojos que atendía la barra como si no tuviera ningún problema de vista, quién era la anciana del baño.

—Supongo que habrás oído esa vieja historia de los cocodrilos en las alcantarillas de Nueva York y de otras grandes ciudades, ¿verdad?

*Claro*, contestó él. Todo el mundo había oído esa leyenda urbana.

—Leyenda... claro, supongo que puedes llamarlo así... Bueno, el caso es que a la pequeña Gladis, hace ya más de cincuenta años, le regalaron una cría de caimán. Ella lo quería mucho, pero empezó a crecer y sus padres le mandaron deshacerse de él. El caso es que Gladis había escuchado lo de los cocodrilos en Nueva York, y pensaba en esas cloacas como un gran paraíso donde su pequeño caimán podría vivir y ser feliz, así que vino aquí y lo soltó en el váter como había oído que hacían los niños en Nueva York.

Mary paró de hablar un momento para encenderse un cigarro y el chico del coche rojo la imitó, cogiendo un pitillo de su paquete y prendiéndolo con el viejo *zippo* de Boris. Pobre diablo, Boris, ese viejo encendedor era lo único que le había dejado su pa-

dre. El chico del coche rojo lo cogió de su mano muerta en aquella redada en Tijuana hacía ya dos o tres años. Pensó que debía conservarlo como recuerdo. A veces el recuerdo es la única forma de redención.

La camarera, la tal Mary, siguió:

—Lo que Gladis no pensó es que no estamos en la ciudad, sino en un bar de carretera bastante aislado de la civilización. Y que aquí no llegan las cloacas.

—Oh, mierda, no me dirás que...

—Eso me temo. Ese maldito bicho lleva viviendo en mi pozo negro más de cinco décadas.

—Joder.

—Por lo general no pasa nada, pero como Gladis se olvide de darle de comer un par de días seguidos... ya he perdido varios clientes de forma bastante desagradable.

Con la duda aclarada, aunque eso no hiciera más que sumar puntos en el marcador de rareza del local, le pidió otra botella para sustituir la que estaba casi agotada en su mesa. En la barra, un viejo gato gris sacaba las uñas y los colmillos a un microondas que parecía querer convencerlo de que entrara en él. Mary lo apartó para coger una botella de Popov y se la dio al chico del coche rojo, que se giró para mar-

charse, no sin una pequeña mueca de disgusto al comprobar la etiqueta. Entonces, notó que lo agarraba por el brazo. *Trátala bien, ¿me oyes?*, le dijo al oído, señalando con la cabeza la mesa donde estaba la chica de la curva, bebiendo distraída. *Es una chica muy especial. Ha sufrido mucho y se merece ser feliz, al menos mientras pueda.*

Ella seguía pensando en la diferencia entre Historia y leyenda que le había explicado el único hombre al que había dirigido más de una frase en los últimos años, quizá décadas. Era verdad. Tenía que ser verdad. El que él no hubiera muerto en la curva lo demostraba. Se debatía entre el miedo y la alegría, pero cada vez cedía más terreno a la esperanza. El vodka, reconoció, tenía bastante que ver con eso. Cuando llegó con otra botella llena, no pudo reprimir una risita para sí misma. Su primer chiste privado en años. Quizá décadas.

A partir de ahí, la noche se volvió mágica y un tanto borrosa, como ocurre siempre que mezclas el alcohol y las risas con alguien que te empieza a gustar de verdad. Los vasos chocaron y se llenaron casi al ritmo en que se vaciaban, los cigarros se encendieron, se consumieron y se apagaron. Las manos se ro-

zaron y se acariciaron, tímidamente al principio, sinceramente al final. Si el corazón de una muerta puede volver a latir es en ocasiones como estas, en las que un roce hace que todo te dé un vuelco y que el color vuelva a unas mejillas que dejaron de sonrojarse hace ya tiempo. La botella se iba vaciando a medida que las sillas se iban acercando. El tipo del disfraz de superhéroe viejo y sucio les dedicó una mirada triste mientras salía por la puerta, poco después de que el armario de su amigo cerrara las puertas tras dar las buenas noches al resto de la concurrencia. La vieja Gladis, con su caimán ya alimentado, también salió, y el tipo del gancho, junto con los pocos jugadores de póquer que aún quedaban alrededor del tapete, la vieja de la rata y el cantante. Al final se quedaron solos.

—Tengo un par de habitaciones arriba. Podéis usar una; no creo que estéis en condiciones de conducir.

Si hubiera tenido ojos, Mary le hubiera guiñado uno al decir lo de la habitación. Ella le dio un beso en la mejilla y la dueña de la Taberna de Bloody Mary volvió a meterse en su espejo. Él se levantó y cogió la botella y los dos vasos.

—Después de ti...

La chica de la curva lo llevó hasta la habitación. Sabía lo que venía a continuación y estaba nerviosa. Lo deseaba con todas sus fuerzas, pero tenía el corazón desbocado. Ya en el cuarto sirvió la última copa. En la botella quedaría solo para un par más. Bebió lentamente, a sorbos, él de un trago. Esperó a que hubiera terminado mientras le acariciaba el cuello y el pelo, y luego le retiró el vaso y lo dejó en la mesilla. Temblaba, le faltaba el aire. No se había notado el pulso en años, pero ahora... ahora...

El chico del coche rojo acercó su cara a la suya, sus labios a los suyos, y la besó. Ella sintió el corazón latir y reventar y luego una calma y una seguridad que no había experimentado nunca. ¿Cuánto había pasado desde su último beso? ¿La habían besado alguna vez antes? Él bajó por su cuello, sin parar de hacerlo, y retiró uno de los tirantes de su vestido blanco, liberando un hombro y un pecho tan blancos como este.

—Yo... esta... esta es mi primera vez...

Él la miró y la volvió a besar y le dijo algo parecido a que todo iba a salir bien.

—Es hora de escribir una nueva leyenda para ti.

La chica de la curva asintió con la cabeza y soltó el otro tirante de su vestido, que se deslizó hasta caer al suelo. Se tumbó en la cama y él se quitó la camisa

y las botas y se tumbó junto a ella. Su mano la acariciaba, su boca la besaba, todo lo demás estaba en silencio.

—¿Estás preparada?

Ella suspiró.

—Sí.

Hicieron el amor durante horas. Con suavidad y con violencia, con gemidos y con gritos, con caricias y con sacudidas, con besos y con mordiscos. Cayeron, al fin, exhaustos, sobre las sábanas blancas de una cama vieja que hacía años que no vivía algo parecido. Ella lo besó otra vez y le dio las gracias. Él encendió dos cigarrillos y le pasó uno.

—No las des... has tenido tanto mérito como yo, créeme.

—No... gracias por todo. Por lo de antes. Ahora sé que es verdad, que no importa lo que hayamos hecho todos estos años: nosotros escribimos nuestras propias leyendas.

—Nosotros, no: tú.

—¿Qué quieres decir?

—Tú escribes tu leyenda: yo estoy condenado a vivir mi Historia.

—Pero dijiste que América es tierra de leyendas, que aquí cualquiera podía ser cualquier cosa.

—Y puede serlo. Tú puedes serlo. Pero yo no soy americano. Yo vine de Europa y me traje conmigo mi Historia. Estoy condenado por el último pecado de Rasputín, atado al crimen y al castigo de Dostoievski, a la guerra de Tolstoi, sin hallar jamás un atisbo de paz.

—Pero ahora estás aquí. Deberías dejar eso atrás, como dejaste tu casa y a tu familia.

El chico del coche rojo dio una larga calada a su cigarro y expulsó el humo en silencio.

—Ojalá pudiera, amor... ojalá tuvieras razón...

Luego lo apagó en el cenicero, cogió los vasos de la mesilla y se levantó, todavía desnudo, a llenarlos en el tocador donde habían dejado la botella al llegar. Volvió a la cama, le dio uno a la chica de la curva y se sentó. *Dasvidania*, dijo ella, intentando imitar su brindis ruso. Él sonrió con una pizca de tristeza.

—*Tvoió zdorovie.*

Los dos bebieron y se acostaron juntos, muy cerca uno del otro, abrazados. La chica de la curva podía sentir sus senos fríos apretados contra el calor del pecho del chico del coche rojo. Allí se sentía bien. Tenía sueño.

—Yo escribiré una leyenda para ti, mi chico del coche rojo...

Entonces todo se volvió negro.

La chica de la curva se despertó sintiendo frío. Mucho frío. Algo la cubría, pero no eran sábanas. Estaba húmedo y se movía. Por un instante sintió pánico. Pánico de que todo hubiese sido producto de su imaginación y, como en una de esas malas películas de fantasmas, fuese a despertar de nuevo en el coche, al fondo del precipicio tras la curva, sin Historias ni leyendas a las que agarrarse. Abrió los ojos, mareada. ¿Qué tenía ese último vaso? Tardó unos segundos en darse cuenta de lo que iba mal. No estaba en la cama. Estaba en el baño. En la bañera. ¿Por qué estaba en la bañera? ¿Y por qué estaba cubierta de hielo? Se levantó, temblando en parte por el frío en parte por la resaca. Fue a coger una toalla para secarse y notó un pinchazo de dolor en el costado. Miró hacia abajo y vio un pequeño corte a la altura del riñón. En el otro lado había otro. Los dos cosidos.

No entendía muy bien lo que pasaba, pero se acordó de una historia que había oído tiempo atrás y no pudo evitar echarse a reír. Era algo sobre un tipo que ligaba en un bar de carretera, lo llevaban a un motel, notaba un regusto extraño en su copa y despertaba a la mañana siguiente en una bañera con



hielo y sin riñones. *Rusos*, pensó, *el mercado negro ruso de órganos*. Era una leyenda urbana, casi tan vieja como la suya. Debería haberlo imaginado.

En el espejo del baño había algo escrito en sangre. Siempre había algo escrito en sangre en el espejo del baño, quizá no en su Historia, pero sí en otras. *Lo siento*, decían las letras junto a su reflejo. *Escribe tu propia leyenda a partir de aquí. Y recuérdame de vez en cuando*. Bajo el espejo, en la pila, había un viejo *zippo* plateado y algo comido por el óxido con una hoz y un martillo grabados a medio borrar.

*Un recuerdo*, pensó, y lo cogió.

La chica de la curva sonrió mientras se envolvía en la toalla y caminaba hasta los pies de la cama. Su vestido blanco seguía en el suelo. No se lo volvería a poner. Quizá Mary tuviera alguna cosa para ella. Algo bonito y con colores alegres. No se volvería a poner ese vestido, como no volvería a pararse en las curvas para que la recogiera nadie. Ese era el regalo que le había hecho el chico del coche rojo a cambio de sus riñones. *Quédatelos*, pensó, *es lo menos que te debo*. Además, tampoco era como si una muerta fuera a necesitarlos nunca más.

Tal vez algún día volvieran a encontrarse. Tal vez en Nueva York. Quizás entonces pudiera ayudarlo,

como él la había ayudado a ella. Tal vez. Hasta entonces la chica de la curva se dedicaría a escribir su propia leyenda.

Estaba contenta. Casi feliz.

Aunque estuviera muerta desde hacía años, quizá décadas, hoy era el primer día del resto de su vida.